

LA TRAMPA

GRANADA

 gráfica

NUM. 87 ★ DICIEMBRE de 1965 ★ 15 PESETAS

*Foto de
José Luis
de los Reyes*

*Oleo de
Amalio García
del Moral*

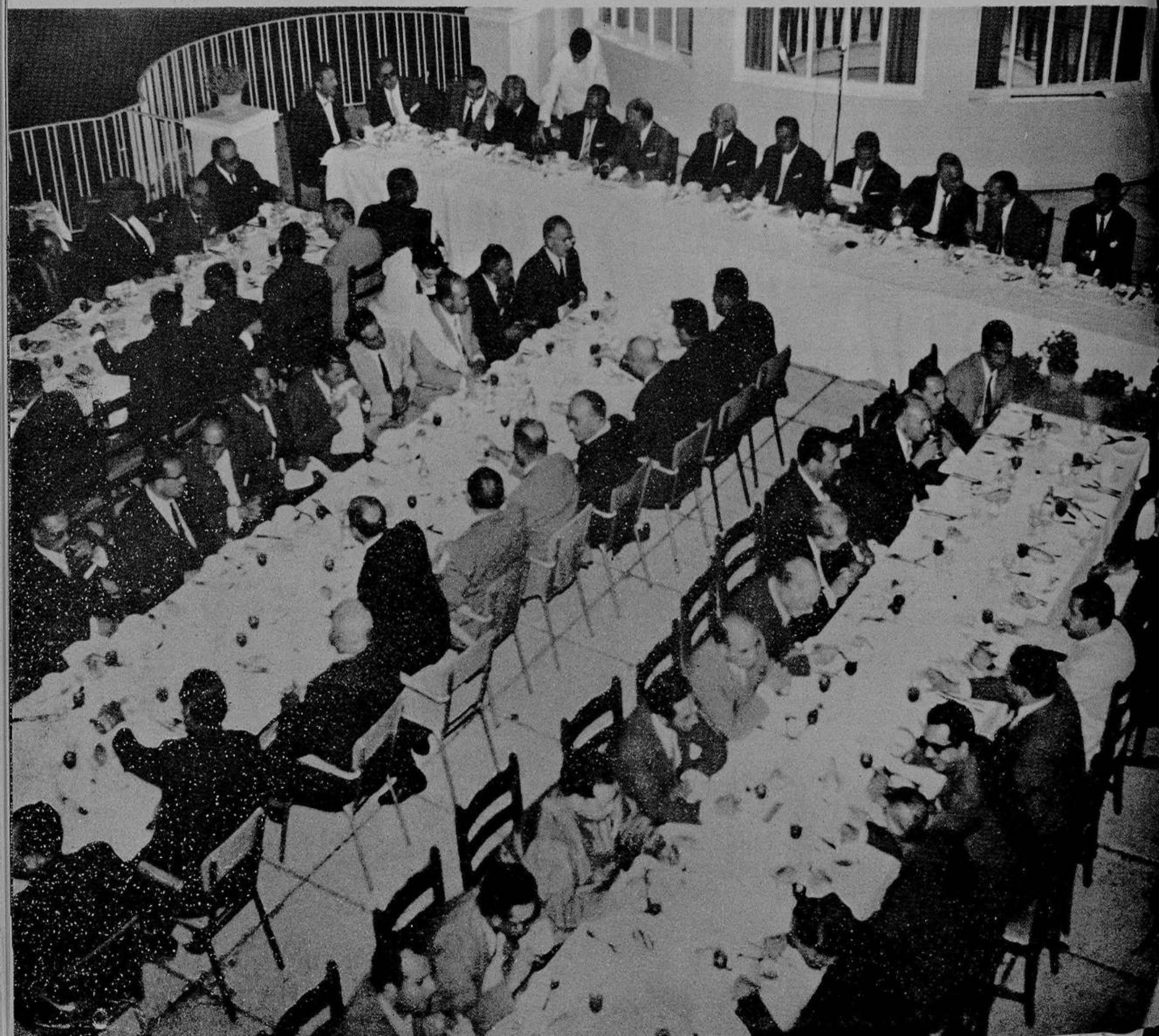


LA CENA ANUAL DE LOS AMIGOS DE

GRANADA



gráfica





EN el hotel Los Angeles, tuvo lugar la tradicional cena anual de los Amigos de Granada Gráfica, presidida por las autoridades, la cual transcurrió, en un ambiente muy grato de cordialidad, simpatía y granadinismo.

Asistieron al acto más de 300 comensales de la capital y provincia —Motril, Pinos Puente y Atarfe enviaron una representación muy numerosa—, rindiéndose un cálido homenaje de admiración y cariño a los escritores granadinos don José López Rubio y don Alfonso Paso Afán de Ribera, a los cuales les fue impuesta la granada de oro de nuestra Revista, recibiendo, asimismo, la granada de plata los siguientes señores: don Juan Ruiz García; el matador de toros Curro Montenegro, don Mauricio Gómez Leal, director de Televisión en Caracas (Venezuela); don Alfonso Bailón Verdejo, alcalde de Atarfe, don José Antonio Sáinz Cantero, catedrático de Derecho Penal en la Universidad de Santiago de Compostela; don Juan Antonio Escribano Castilla, procurador en Cortes y alcalde de Motril; don Antonio García-Trevijano

Fortes, notario y promotor de varias importantes industrias en nuestra provincia; el doctor don Francisco Acosta Collado; don Andrés Molina Fernández, delegado de Hacienda, y don Narciso de la Fuente Ruiz, decano de los periodistas granadinos.

En un breve discurso, el director de Granada Gráfica, don José Félix Quesada, ofreció las distinciones otorgadas, resaltando los méritos que concurrían en cada una de las personas distinguidas por la Revista. De López Rubio y Alfonso Paso dijo que hacía muchos años que ambos escritores prestigiaban a Granada, y a España, dentro y fuera de sus fronteras.

Después hicieron uso de la palabra el profesor Sáinz Cantero y don Mauricio Gómez Leal, que hablaron con emoción de Granada y de la nostalgia que se siente al estar lejos de ella.

Don José López Rubio —el aplaudido autor de «Celos del aire»— dio lectura a unas inspiradísimas cuartillas, que, por su gracia y contenido, reproducimos, a continuación, íntegramente. Estableció la diferencia entre los granadinos «que se quedan» y los

granadinos «que se van», y dijo que para irse de Granada hay que cometer un crimen, por si ya fuera poco el crimen de irse de Granada. Sólo después de ese asesinato y de ese sacrificio —agregó—, el granadino puede correr tierras y hacerse, si no dueño del mundo, dueño o copropietario de «su mundo».

Por último, agradeció a Granada Gráfica la distinción de la granada de oro, que, desde esta noche —dijo—, va a ser el orgullo y la alegría de mi solapa, como granadino, aunque sea un granadino desarraigado, de los que, como Boabdil, tienen que llorar como mujeres lo que no supieron defender y conservar como hombres.

Muy emocionado por la distinción recibida, don Alfonso Paso —felicísimo autor de tantas y tantas comedias, aplaudidas y celebradas dentro y fuera de España— dijo que no era granadino de nacimiento, pero sí de corazón, porque es hijo y nieto de granadinos.

Recordó la profunda impresión que le produjo Granada cuando por vez primera y siendo muy niño vino a la ciudad, y agregó: «Mi mayor amargu-

LA CENA ANUAL DE LOS

AMIGOS DE GRANADA GRAFICA

ra es la de no haber nacido aquí, aunque —repito— me siento tan granadino como todos vosotros».

El delegado provincial de Información y Turismo, don Antonio Gallego Morell, en breve y elocuente discurso, felicitó a cuantos habían sido distinguidos por Granada Gráfica y felicitó también a nuestro director por la magnífica organización y brillantez del acto celebrado, de profunda afirmación granadina.

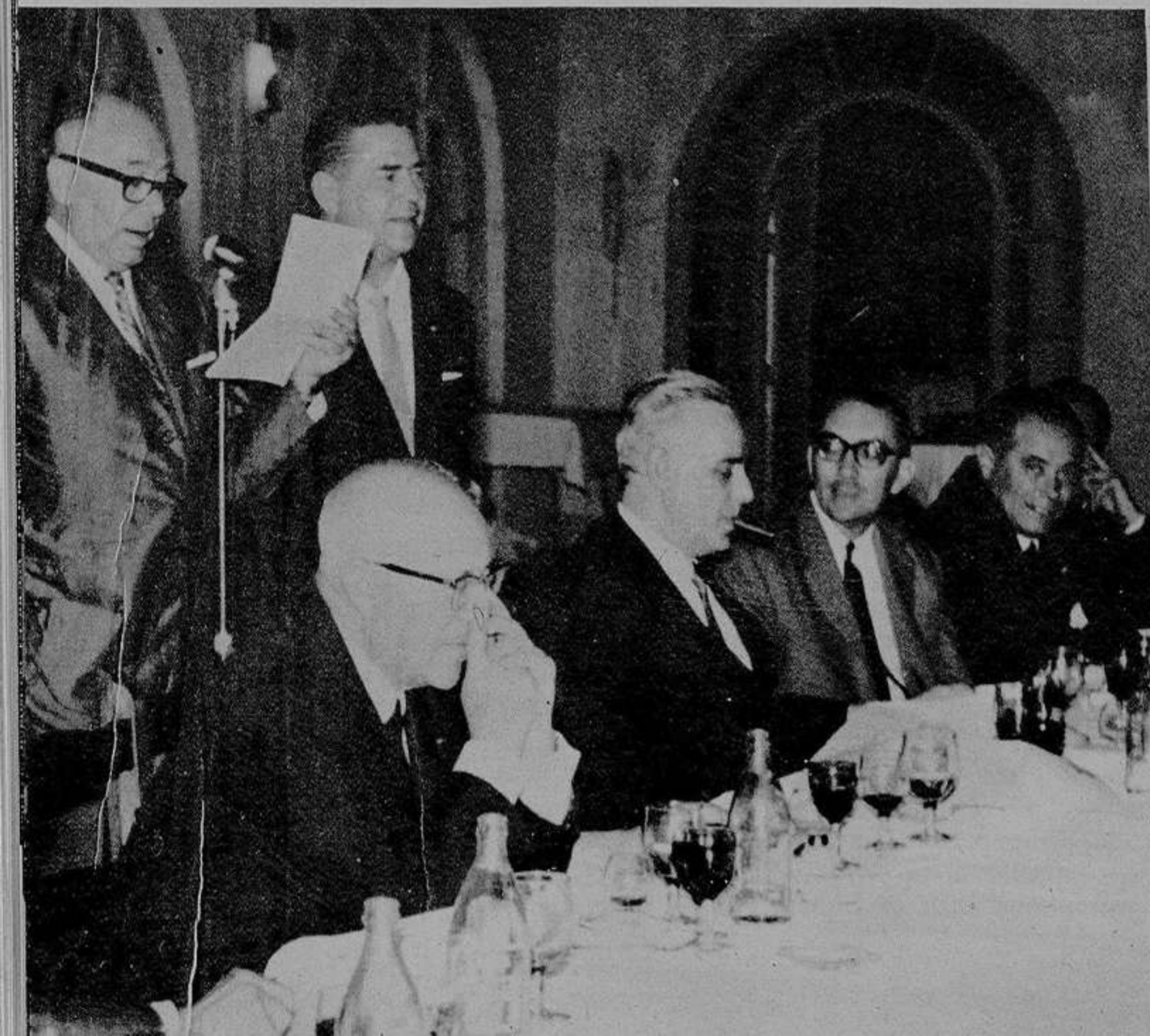
Finalmente, el general Trovo Larrasquito, gobernador militar de la plaza, saludó a todos en nombre del capitán general de la Región, duque de la Victoria, a quien reciente luto familiar le impedía asistir a la cena, y expresó su admiración por Granada y las bellezas que atesora.

Reiteró su felicitación a cuantos había impuesto la granada de oro y de plata de Granada Gráfica y dijo que actos como éste, al que asistía por primera vez, deberían repetirse más a menudo, pues en ellos se exaltan los valores del espíritu y se exalta también a Granada, ciudad sin par y una de las más hermosas y bellas del mundo.

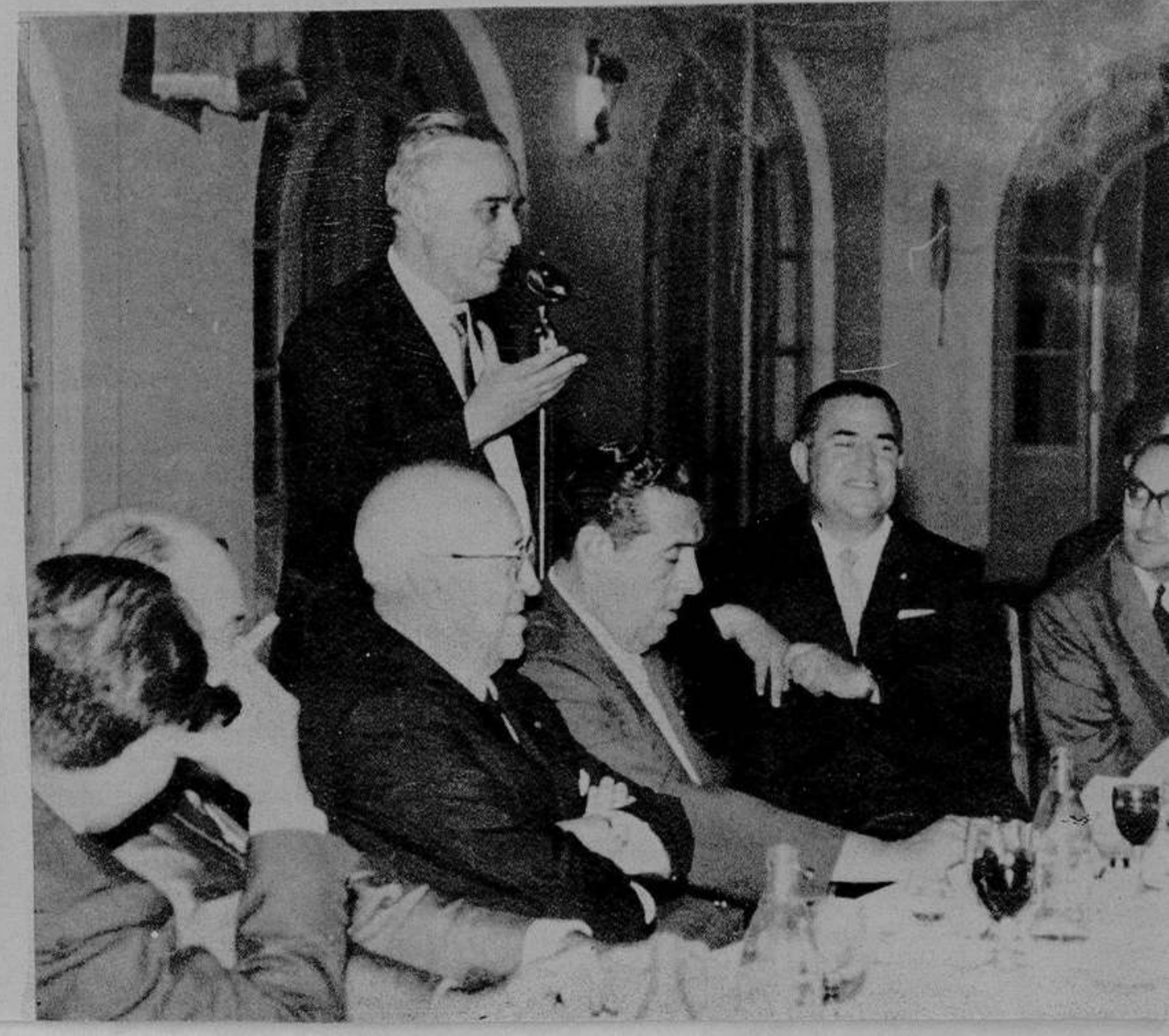
Todos los oradores fueron muy aplaudidos.



Los aplaudidos comediógrafos D. Alfonso Paso Afán de Ribera y don José López Rubio reciben la Granada de oro de nuestra Revista, impuesta por el general Trovo Larrasquito.



El señor López Rubio dio lectura a unas inspiradísimas cuartillas para agradecer la Granada de oro que le había sido impuesta, las cuales, por su gracia y contenido, reproducimos en las páginas siguientes.



Muy emocionado por la distinción recibida, don Alfonso Paso, dijo que, aunque no era granadino de nacimiento, lo era de corazón porque es hijo y nieto de granadinos. "Mi mayor amargura —agregó— es no haber nacido aquí".



Los granadinos que "se van" y los que "se quedan"

Texto íntegro del discurso de López Rubio

PERDON, antes que nada, por responder a éste honor que me brinda, tan generosamente, Granada Gráfica, por medio de unas líneas torpemente pergeñadas. Tengo que confesar que hablo mal. Nunca he podido superar esta dificultad, lo cuál no quiera decir, por otra parte, que escriba bien, pero, por lo menos, me defiendo y me aproximo más a eso que considero tan difícil en la oratoria, como en la literatura, de decir lo que se quiere decir, y no otra cosa, ni más ni menos. Si acaso, algo menos, de ser posible.

Con estas hojas de papel os libero del penoso espectáculo de mis balbuceos, de mis lagunas, de mis ausencias, imprecisiones y rodeos en los que, por mi absoluta y públicamente reconocida incapacidad, incurro cuando me veo obligado, por cualquier indeseada circunstancia a tomar la palabra, desprevenido, confuso, aturcido, juguete de mis numerosos complejos.

Como sé a qué he venido, y fui advertido con anterioridad suficiente, vengo pertrechado, pero dedicado, al mismo tiempo, a practicar esa virtud, nunca bastante elogiada pero siempre agradecida, que se llama la brevedad.

En primer término, tengo que agra-

decir. Agradecer desde lo más hondo, desde donde la alegría pulsa unas recónditas cuerdas que hacen asomar a los ojos el brillo inconfundible de las lágrimas. Esto, a pesar de la frialdad que se nos tacha a los granadinos.

Granada Gráfica me hace esta distinción que no olvidaré nunca con un gesto cordial, contándome entre sus mejores amigos sin detenerse a considerar mi calidad de granadino desarraigado, ausente y lejano. Sólo la fiel amistad, o el amor de los padres, produce éstos gestos impares. Todos recordáis a San Lucas, periodista, también, por cierto. Cronista veraz y apasionado, como debe ser el buen cronista.

En su Evangelio, nos habla de un hijo pródigo y, lo que es más importante, del padre del hijo pródigo, que, de no ser sólo un personaje de parábola, hubiera sido un hombre lo que se dice de una pieza. A éstos hombres de una pieza de aquí deberé siempre lo que supone el oro, oro de su granada, pero mucho más todo lo que supone el oro de su amistad.

Extrañará a muchos que, volviendo a la parábola, se sacrifique el becerro más grande a quien pasó tantos años fuera de la heredad, buscándose otra vida, como si no hubiera, tan a la mano, otros que, aparte de ser

más merecedores, se quedaron sirviendo a Granada, abrazados a Granada, invocando a Dios cada mañana con ésta variante: «La Granada nuestra, de cada día, dánosla hoy, Señor».

El crimen de irse de Granada

PORQUE hay granadinos que se quedan y granadinos que se van. Me diréis que eso sucede en todas partes y que para decirlo podía haberme quedado donde estaba. Pero es que creo que el que se vá de Granada se vá más y el que se queda en Granada se queda más. Aunque no sabría decirlos por qué.

Para irse de Granada hay que cometer un crimen, por si ya fuera poco el crimen de irse de Granada. Para irse de Granada hay que matar un moro. Un moro que se tiene, desde que se nace, en el fondo del alma de nardo, que dijo el poeta. Hay quien se lleva consigo otro moro que le queda vivo, pero éste otro resulta un moño pequeñito, una especie de Boabdil el Chico.

Hay que matar un moro, a sangre fría, y cegar los cinco sentidos. Sólo después de ese asesinato y de ese sacrificio, el granadino puede correr



El general Trovo Larrasquito imponiendo la Granada de plata al catedrático de Derecho Penal de la Universidad de Santiago de Compostela, don José Antonio Sáinz Cantero; al doctor don Francisco Acosta Collado; a don Juan Antonio Escribano Castilla, procurador en Cortes y alcalde de Motril, y a don Andrés Molina Fernández, delegado de Hacienda de la provincia, los cuales aparecen de izquierda a derecha en el reportaje gráfico de Mesa.

LA
CENA ANUAL
DE LOS
AMIGOS
DE
GRANADA
GRAFICA



Don Narciso de la Fuente Ruiz, decano de los periodistas granadinos, y el diputado provincial y alcalde de Atarfe, don Alfonso Bailón Verdejo, saludan al general Trovo Larrasquito antes de que el ilustre soldado les impusiera la Granada de plata.

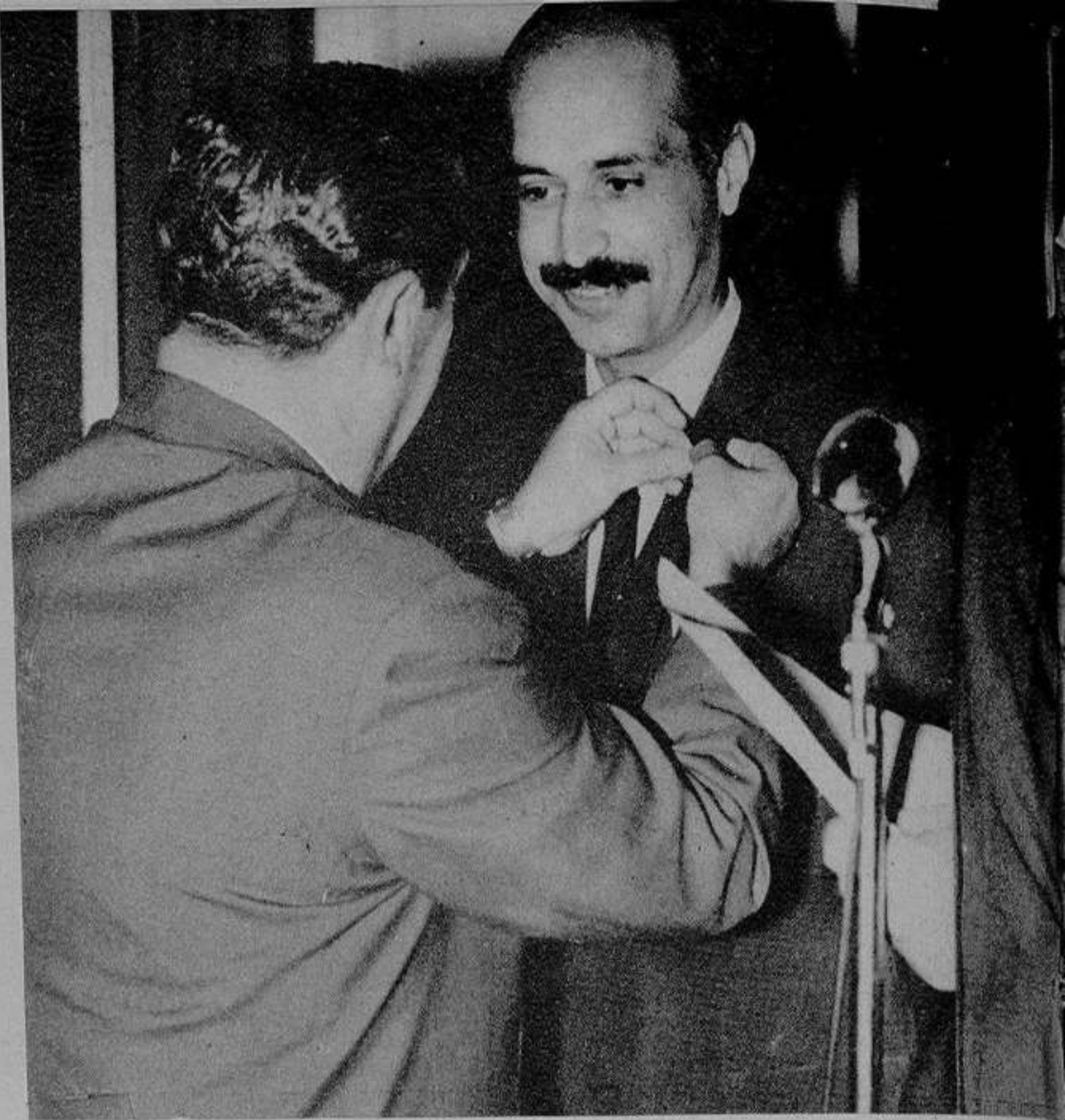


Los granadinos

que "se van" y

los que

"se quedan"



tierras y hacerse, si no dueño del mundo, dueño o co-propietario de su mundo.

Sería incontable la relación de granadinos que han llegado a lo más alto del saber y del arte. Actualmente conmemoramos el centenario de uno de los más preclaros, helado de muerte en un río nórdico, quién sabe si loco de nostalgia de arrayanes.

Pero, ¿y los que se quedaron? ¿Y los que no cambiaron la primogenitura por el relativo plato de lentejas que es, a fin de cuentas, lo que por ahí se llama gloria?

Muchos de los que se quedaron, y de los que se quedan cada día, lo hicieron, cada uno con un moro dentro, bien vivo, aunque quizá bien acostado, que para eso es moro y para eso está vivo, para mirar a la Alhambra a cada luz del día, y a cada luna, atados al ciprés y al agua, ese agua de Granada que les envenena dulcemente el alma.

Cada uno hubiera sido tanto, o más que cualquiera de los que se fueron, pero apretaron sus raíces, negándose a cambiar su onza de oro por el montón de calderilla que, solamente abulta, pero no vale más.

Desde Nicolás María López, Méndez Bellido, Almodóvar, Cienfuegos, Pérez Serabona, Paco Vergara, Guillén, López Sancho, Castilla, los Carazo y Lozaga... Y aquel otro, el arabista Almagro Cárdenas que ganó una cátedra en Salamanca y sus amigos, después de festejarle, fueron a decirle adiós a los Andaluces, cuando se iba a tomar posesión. Un momento antes de arrancar el tren, el sabio Almagro se metió dentro de su compartimento y cuando pasó, de salida, el furgón de cola, los que habían ido a despedirle lo vieron al otro lado de la vía, haciéndoles un alegre gesto de burla que consiste en empalmar las dos manos abiertas, aplicando a la punta de la nariz el pulgar libre y agitando los dedos como en un imagi-

nario tañido de flauta. Almagro no se iba de Granada. ¡Qué se iba a ir! Renunció a la cátedra que había ganado brillantemente, renunció a todo, y se quedó. Claro que además de un árabe llevaba dentro un arabista y eso, ya, no hay quién lo mueva.

A este granadino, como símbolo del granadino fiel, del granadino entero —que sabe bien que el mundo, por mucho que pueda ofrecerle, no le puede dar otra Granada, porque no hay más que una, como no hay más que una madre—, a él, y a los que como él se quedaron, dándose a Granada por entero, ofrezco, aunque sea simbólicamente, esta granada de oro, quedándome, por no despreciar, con el pequeño, pequeñísimo grano que legítimamente me corresponde.

Yo no me marché de Granada

Y diréis vosotros: «Este, que tanto habla, ¿por qué no se quedó en Granada?»

Debo decir, en mi descargo, que yo no me marché de Granada. Me llevaron, que no es lo mismo —cuando no podía opinar, ni, menos, decidir—, como me nacieron cerca, donde Granada se asoma al mar, por primera vez, entre hazas de caña dulce y fanegas de claveles.

¿Qué tiene, entonces, de granadino éste que no nació a la orilla del Darro y salió tan a tiempo de cambiar su acento? Este granadino tiene un niño. Un niño que trae aquí, a su lado, bien cogido de la mano, para que no se le escape.

No es mucho un niño, pero es algo. Y puede ser mucho si se le añade una buena carga de nostalgia y de amor.

Se llama Pepe y es un niño que jugó en la plaza de la Trinidad. Vivía cerca, en un caserón de la calle

de Santa Teresa que tenía unos cabezas de caballos en la fachada.

Jugó después en el Salón, y en los Jardinillos, y en La Bomba. Y en el bosque de la Alhambra, en las mañanas de primavera. Y las noches de verano, en la Plaza Nueva.

Un niño que compraba higos chumbos, a perrilla la pila, y barretas, y almecinas, para darse el gusto disparar las semillas por un canuto. Un niño que adoraba las batatas de las Comendadoras de Santiago, y las yemas tostadas de casa de «los López», (aquellos eran otros López), y los helados del Suizo. Sobre todo, las tortas de aceite, cuyo sabor, aun pasados tantos años, es todavía un imborrable recuerdo.

Un niño que vivió, después, en la calle de Reyes Católicos y que vio por última vez el patio de su casa cuando entró a poner un telegrama urgente. Hoy, ya, no queda piedra sobre piedra de lo que envolvió sus primeros sueños. En su lugar, sigue respetuosamente inclinado aquel Cristóbal Colón ante aquella Reina que él conoció, y rodeó, dando vueltas con su aro, al final de la Carrera.

Ese niño, aprendió lo primero que había que aprender, y algo de francés, con las monjas de Calderón, al final de la calle de Recogidas. Recuerda el viejo patio y las clases nuevas y casi no se atreve a recordar los nombres de sus compañeros, —Torcuato Casas, García Triviño, Cazorla, Quesada, Rosales, Pugnaire, Piédrola...—, porque son muchos años y algo implacable ha de haber hecho ya mella en sus filis. Pasó después, una vez aprobado el examen de Ingreso, y afortunadamente durante poco tiempo, por otro colegio, el de un irascible don Alejandro, en la calle de San Jerónimo.

Hizo la primera Comunión en la Magdalena. Pasó los veranos en Lanjarón, mezclando el agua de Capilla con la de Gómez y hurgando con pa-



Don Antonio García-Trevijano Fortes, don Mauricio Gómez Leal, el matador de toros Curro Montenegro y don Juan Ruiz García fueron distinguidos también con la Granada de plata de nuestra Revista, que les impuso el Gobernador militar de la Plaza.—FOTOS MESA.

LA GENA ANUAL DE LOS AMIGOS DE GRANADA GRAFICA

los para que saliera rojo de óxido el chorro de la fuente de San Antonio. Extendió sus conocimientos geográficos hasta el nacimiento de Vélez. Se veía que estaba predestinado a recorrer mundo. Santa Fe, Pinos Puente, Sierra Elvira y Atarfe fueron sus expediciones posteriores. Y Almería, para tomar los baños de mar.

Jugó con sus primos, los Torres López y con los de su misma edad de los Camacho, en la Cuesta de Gómez; los Montoro, en el camino de la Sierra; los García Lorca, los Gallego Burín, los García Valdecasas, los Gómez Contreras, los Conde y tantos otros. Algunos de los que me escu-

**los granadinos que
"se van" y los
que "se quedan"**

chen pueden ser ya los nietos de aquellos.

Ese niño, vuela cometas en San Miguel el Alto; representa funciones en el Colegio y ve representar a las compañías que pasan por el Isabel la Católica, el Cervantes y el Alhambra. Ve estrenarse, por María Guerrero, «El Alcázar de las perlas», de Villaspesa, con asistencia de su autor. Y, al año siguiente, el de «Aben-Humeya», por Carmen Cobeña. Va a los toros, a un palco de la plaza antigua, y ve a Ricardo Torres, Bombita, Machaquito, Antonio Fuentes, de retirada forzosa; el padre de «Manolete», el padre de los «Bienveni-

LOS GRANADINOS QUE "SE VAN" Y LOS QUE "SE QUEDAN"

da», el «Gallo», y, de novilleros, a Joselito y a Juan Belmonte.

Como es bastante repipi, saluda a las inglesas de sombreros extraños que suben a la Alhambra con un «Good morning», sin poder seguir después la conversación. Se mete en todas partes y en el Centro Artístico, que está al lado de su casa, da clase de dibujo por las noches. Allí ve una exposición de Néstor, oye tocar la guitarra a Andrés Segovia y recitar versos a Villaespesa y atisba las danzas de Tórtola Valencia. Si en aquel entonces le hubiesen podido dar un carnet, hoy sería uno de los socios más viejos del Centro.

Publicó su primer artículo incipiente en «La Gaceta del Sur, que dirigía el cura Muñoz Girón. La calle de Granada que lleva sus mismos apellidos y que a él le sirve para presumir con sus amigos forasteros, no le corresponde a él si no a un don Juan, que no era de su familia, y al que conoció, ya en sus últimos años, muy considerado entonces, y supongo que todavía, por haber introducido, creo, el cultivo de la remolacha ahí en la Vega.

Lo retrataron, remando en una barca sobre tarimas, en el estudio de Torres Molina, y aquí cerca, en el de Garzón, vestido de moro. El pobre era todavía muy pequeño para defenderse.

Más recuerdos

DE aquel tiempo, recuerda la descarnada y venerable figura de don Luis Seco de Lucena, granadino por amor, que polarizó en su «Defensor de Granada» la vida intelectual de la capital, y que era gran amigo de su padre, como lo eran Gómez de la Cruz, Camacho, los La Chica... y tantos nombres más que todavía hallan hueco en sus oídos. Recuerda al Arzobispo Meseguer y Costa, al que vio en su palacio, y al canónigo Carulla, cuando subía en su burra para el Sacro Monte. Y a la Tortajada, asomada a los cristales de colores de su casa árabe en la plaza de la Mariana.

En aquella época se establecieron en la Gran Vía los Grandes Almacenes de «El Aguila»; volaron en Armilla los primeros, inverosímiles, aviones; vino el Rey a cazar a Láchar... Se dijo que había duendes por las noches en unas casas de allá por San Lázaro y que, de noche también, se movía, en lo alto de su pedestal, la Virgen del Triunfo.

Se llevaba la triste palma de lo monstruoso un cierto «Cabezón de Gabia» y de un tal don Gabino, que destrozó, borracho pino, los cristales de la Acera del Casino sólo quedaba la memoria de una canción.

Estas son mis credenciales. Me dejo, porque hay que terminar, la papelería de Sabater, y la de Paulino Ventura, y los comercios de la calle de Mesones, donde le llevaba su madre, cuando iba de compras, como al «Louvre» y a «La Villa de París». Me dejo el pan de Alfacar, y el agua con anises de la Fuente del Avellano, y el olor húmedo de los patios, y el rumor de los pilares, el estruendo del tranvía cuando bajaba por la calle de la Colcha y el acariciador trote de los caballos sobre el pavimento de la calle de la Duquesa.

Un día, cuando ya estaba el mundo encendido de guerra, el niño fue sacado de Granada. Lo que le ocurriese después, en el tiempo y en el espacio, está en libros para el que lo quiera saber y tienen la mala suerte de tener que estudiarlo ya los chicos del Bachillerato.

Había quien recuerda, naturalmente, más cosas de Granada, pero no tantas juntas de tan pocos años, tan precisas, tan claras y tan entrañables.

Decidiréis, pues, si soy, o no, digno de esta granada de oro que desde esta noche va a ser el orgullo y la alegría de mi solapa, como granadino, aunque sea granadino desarraigado de los que, como aquel rey ya citado, tienen que llorar como mujeres lo que no supieron defender y conservar como hombres.

EL CORTIJO FLAMENCO

DANZA

ESPAÑOLA

TODAS LAS NOCHES A LAS 10

Las más importantes y principales figuras de Andalucía, colaboran en este extraordinario cuadro flamenco, que le harán pasar una noche inolvidable en el maravilloso marco de

El arte y el embrujo de Granada

**Gran espectáculo
de cante**

**y
baile flamenco**

